



UNIVERSIDAD
DE PIURA

REPOSITORIO INSTITUCIONAL
PIRHUA

PRINCIPIOS DE DESARROLLO Y ACCIÓN HUMANA PARA EL FUTURO DE AMÉRICA LATINA

Genara Castillo-Córdova

Bilbao, 2007

FACULTAD DE HUMANIDADES

Departamento de Humanidades, Área de Filosofía



Esta obra está bajo una [licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Perú](#)

Repositorio institucional PIRHUA – Universidad de Piura

PRINCIPIOS DE DESARROLLO Y ACCIÓN HUMANA PARA EL FUTURO DE AMÉRICA LATINA

GENARA CASTILLO

Como es sabido, la situación en la que se encuentra América Latina es muy compleja y problemática. Sin embargo, aunque tiene sus peculiaridades, no está sola en esta crisis, otras regiones también la padecen a su manera. A despecho de las pretendidas ansias independentistas, el plexo social cada vez se hace más inter influyente y global; en cierta manera cada vez más las sociedades locales, nacionales, regionales, internacionales tienen que ver unas con otras.

En medio de toda esta complejidad ¿cómo vislumbrar el futuro sin faltar a la esperanza? Lo peculiar de nuestra situación crítica es que lo duro no es tanto la aparición de problemas agudos, ya que éstos han acompañado a todas las generaciones humanas a lo largo de la historia. Lo aporético de la situación actual es que esa problemática no sabemos enfrentarla con los procedimientos adecuados, de manera que la crisis se agudiza.

Al tratar de enfrentar la problemática presente con recursos inadecuados o parciales, resulta que la situación se agrava generando “efectos perversos”. Es lo que sucede cuando a veces se vislumbra un problema, se intenta aplicar una solución, y se encuentra con que el problema no sólo no se resuelve sino que se han producido nuevos problemas. Entonces surge la llamada segmentación¹, en que es tal la cantidad de problemas que van saliendo al paso que uno se agota tratando de solucionarlos, y ahí se va toda la energía, de manera que precisamente en el camino hacia el fin acabamos por perderlo, no llegamos a él. Si los esfuerzos se dispersan y se pierde de vista el fin, es frecuente que los planteamientos sean cortoplacistas.

¹ Cfr. LLANO, Alejandro (1991), p. 160



Respecto del futuro lo primero que hay que afrontar es el pesimismo, porque pareciera que la gravedad de los problemas es tal que pueden con nosotros. A veces uno se encuentra con personas que ante estos asuntos han experimentado un desencanto, una desilusión; algo así como un escarmiento. Se han puesto en marcha proyectos, se han empleado abundantes medios técnicos, pero el resultado son la aparición de nuevas disfunciones. Se da entonces una sensación de fracaso unida a la tendencia a detenerse, a no hacer nada.

Es lo que a veces nos sucede con respecto de la problemática del desarrollo en América Latina. Sin embargo, no podemos perder la esperanza. Precisamente cuando los problemas son más difíciles, conllevan muchos intentos fallidos, hasta ir perfilando vías de solución. Pero no es sólo afrontar el reto, es algo más profundo, se trata de un compromiso ineludible. Algunos hemos tenido experiencias en Proyectos de desarrollo para zonas deprimidas, y al palpar la situación de miseria de muchos de nuestros pueblos, uno queda ya para siempre sensibilizado con estas personas y su situación. En general, en nuestros países diariamente nos topamos con el grito, callado o expresado, de tantas personas, que reclaman ayuda.. Estas personas que pasan a nuestro lado, con las que compartimos nuestro diario vivir, son la motivación más fuerte para no desistir, para seguir buscando modelos y planes de acción encaminados a ayudar a vastas porciones de nuestra población a salir de la situación –muchas veces inhumanas– en las que se encuentran.

Atendiendo al tema que me han pedido que trate en este artículo: Principios de desarrollo y acción humana para el futuro de América Latina, empezaré por decir que los principios atañen al nivel de las convicciones básicas, de los valores, de las creencias de las personas. Por tanto, no pretendo dar una solución total y definitiva a los problemas de desarrollo en América Latina, sino sólo exponer unos principios de desarrollo y de acción, es decir aquellos que me parecen fundamentales y que no pueden faltar en nuestros planteamientos de desarrollo social en estas latitudes.

Como en una planta o cualquier organismo vivo –la sociedad en cierto modo lo es–, los principios son como las raíces de las que depende la savia que corre por las ramas y que hace que se den los frutos. Intentaremos pues señalar algunos de esos principios

fundamentales que hay que fomentar, promover, difundir y en definitiva, aplicar en la acción práctica.

1. El respeto a la dignidad de la persona humana

Este principio debe estar en el centro de todo planteamiento. Se trata de hacer un mundo a la medida del hombre. Para ello hay que empezar por profundizar en la naturaleza humana. Es como si tuviéramos que hacer un traje, es obvio que para que sea adecuado hay que empezar por conocer las medidas correspondientes. Las características del ser humano no se pueden pasar por alto, porque de lo contrario, diseñaremos modelos de desarrollo, realizaremos planes de acción, que sean parciales o incluso contraproducentes.

Según Aristóteles, una de las características más importantes del ser humano es que es capaz de tener, a través de diferentes niveles de posesión que tienen índole jerárquica: 1) tener corpóreo-material, 2) tener cognoscitivo y 3) tener hábitos – virtudes–. El peligro es quedarse sólo en el nivel 1 y es tanto más riesgoso cuanto que para nosotros las necesidades básicas de alimentación, vestido, vivienda, son las más álgidas. Lo sabemos bien, de qué sirve pensar en colegios (nivel 2) con buenas infraestructuras, bien equipados y con las últimas tecnologías, si los niños se mueren de hambre o con tasas de desnutrición que comprometen su futuro. Es evidente que la nutrición, especialmente en los primeros años, es fundamental, de lo contrario se tienen generaciones perdidas que van a remolque de los cambios.

Con todo, en nuestros países los proyectos encaminados a combatir la pobreza que afecta a la mitad de la población –de la cual un porcentaje muy alto está en la miseria–, deben estar integrados con los proyectos educativos; no es que haya que centrarse en la labor asistencial y sólo si queda algo del presupuesto (un tanto por ciento exiguo) se dedique a sacar adelante la educación. Evidentemente, esta tarea



no la puede hacer sólo el Estado, sino que se necesita del concurso de la empresa privada y de los recursos (especialmente de los tecnológicos y científicos) de fuera del país. Pensar que eso es mecenazgo o una obra caritativa es no haber entendido el problema: es un asunto de vida o muerte.

Es necesario educar, hay que capacitar y esto no sólo respecto de la mano de obra que la tenemos en abundancia, sino formar a los directivos y a las mandos intermedios, a los ingenieros, a los técnicos, a los maestros, etc. El reto educativo que hay que afrontar es ingente, de lo contrario nuestro nivel de trabajo será muy defectuoso y francamente desmoralizador. Saber trabajar bien no es asunto de poca monta, y no es sólo por la división de trabajo –aunque ésta nos sea tan necesaria– es un asunto de integración más complejo.

Educar, capacitar, es respetar a la persona humana, es ayudarla a ponerse –ella misma– en condiciones de salir de la pobreza, de superar el asistencialismo, de ser capaz de tener su vida en sus propias manos, en definitiva, de ayudarles a ser viables y eso es tan urgente como el comer o tener un techo donde guarecerse.

La posesión corpóreo-material debe ir unida a la posesión cognoscitiva y ésta a su vez en función el tercer nivel de posesión humana que alude a la capacidad de tener hábitos, que cuando son perfectivos de la naturaleza humana se llaman virtudes y que son unas hiper formalizaciones de nuestras facultades humanas, unas reconfiguraciones en que es la misma acción la que vuelve sobre nosotros para disponernos mejor –o peor, si son vicios, para la siguiente actuación. No basta con incrementar los bienes materiales ni el conocimiento, estos dos niveles se deben subordinar al tercero. No es un secreto las prácticas de corrupción, el despilfarro o defraudación de elementos enquistados en la burocracia –cuya reforma siempre se pospone– o las de quienes acceden al poder con afán de rapiña.

A veces se dice que en todo lugar hay corrupción, pero en la situación en la que se encuentran nuestros países esos delitos se hacen más graves. Es necesario fortalecer

el nivel 3, el plano de las convicciones, unos valores éticos que en la práctica son virtudes, como el respeto, la justicia, la veracidad, la laboriosidad, la solidaridad. Tenemos que procurar que el fin de la sociedad sea la vida buena, no quedarnos con la buena vida (es objetivo muy corto), de lo contrario, se crea grandes disfuncionalidades. Los bienes materiales son medios, no son propiamente fines. Si convertimos los medios en fines no sólo nos hace muy difícil la convivencia social, sino que no sabremos disfrutar de los mismos medios y el propio bienestar material se vería siempre amenazado. Sin virtudes éticas se compromete la misma eficacia productiva.

2. Promover la libertad de las personas

Este principio va muy ligado con el anterior. La libertad tiene niveles que se corresponden con los niveles del tener, con su jerarquía y consiguiente subordinación de unos niveles a otros. Los medios son necesarios para el hombre, qué duda cabe. La economía está en el plano de los medios, es una actividad práctica medial, Pero la clave para el descubrimiento de los medios está en la capacidad de fines que tiene el ser humano. El hombre descubre medios porque tiene fines. Siempre que haya intensificación en la manera de tener, lo inferior queda subordinado como instrumento y en esa medida es más libre.

Los medios materiales son necesarios, pero no hay que olvidar que la capacidad humana para disfrutarlos es limitada, por eso hay que subordinarlos a unos fines más altos, Es propio del hombre establece la relación medio-fin, y romper esa relación afecta tanto a los medios (se desarticulan) como a los fines (cuyo alcance se ve comprometido). Poner los medios en relación con lo más profundo en el hombre equivale a enderezar la vida hacia fines cada vez más altos.



Apropiarse más o menos de las cosas y de sí mismo, implica vivir relaciones medio-fin. En la medida en que el hombre ejerce la relación medio-fin es dueño de su conducta práctica desde sus operaciones cognoscitivas inmanentes (conocimiento, capacitación, educación), y dueño de estas últimas desde las virtudes. Ser dueño de la práctica y de las propias operaciones, es el primer significado de la libertad. Ser libre, es decir, ser dueño de los propios actos, es imposible para el hombre si no establece relaciones de medio-fin, si no subordina unos niveles a otros. La capacidad de tener, vista sintéticamente, en definitiva significa libertad. Esta es la noción de libertad que Aristóteles expone en varios lugares y que los liberales de antiguo cuño –y también mucho neoliberales– desconocen.

Por su parte Marx sostenía que lo característico del capitalismo es que considera al trabajo humano como mercancía, pero si al hombre se lo trata como mercancía se lo considera en el orden de la transformación técnica y en vista a la producción y a apropiación (nivel 1). Pero si se le ve sólo como fuerza de trabajo: se le está tratando como esclavo, como sujeto no libre y por cierto, da igual que ese hombre esté en una situación de explotación o de bienestar. Si la clave de la organización es la economía y ésta se basa en técnicas de primer orden, hemos negado la naturaleza humana. Hoy pareciera que estamos abocados a los bienes materiales (nivel 1 del tener humano), si no levantamos la mira entonces la complejidad se hace ingobernable, porque los medios crecen cada día, al ritmo de la innovación tecnológica.

Insisto, ¿eso hay que decirlo respecto de países en que la mayoría no tiene acceso a los bienes de ese nivel? Sí, porque los bienes mediales nos son muy necesarios, son urgentes, no sólo para cubrir las necesidades básicas inmediatas, sino también para el impulso de la actividad agroindustrial, etc., que necesita de medios tecnológicos adecuados. Pero no nos engañemos, no lo es todo ni de la misma manera que en los países desarrollados. A veces se cree que lo que les viene bien a tales países es bueno para nosotros. Depende de cada caso concreto y en la fase en la que se encuentre. Los países de Latinoamérica, aunque tenemos denominadores comunes,

contamos con situaciones particulares y concretas: pero por encima de ello el consumismo tiene por qué ser el modelo a seguir.

Necesitamos hacer un mundo más humano, por eso hace falta insistir en la persona humana, ponerla en el centro, no perderla de vista; de lo contrario pondremos en el centro los bienes materiales y tecnológicos a los cuales se tengan que subordinar los seres humanos. Sería un despropósito. A veces nos escandalizamos de la esclavitud de otras épocas, pero eso es farisaico, actualmente ¿no estaremos introduciendo un régimen de esclavitud universal? No ya hombres libres y esclavos sino todos manufacturables. Si nos quedamos en el nivel 1, adscritos a relaciones de producción y nada más que eso, perdemos la libertad que nos la dan los otros dos niveles superiores. Sería la esclavitud universal, pero éste es un tema que nos llevaría muy lejos. Lo que en este breve artículo es pertinente recordar es que no podemos desistir de un modelo de economía y de política con rostro humano. Promover la libertad no se reduce sólo al liberalismo económico. La finalidad no es el mercado, sino la persona humana vista en todos sus niveles y dimensiones, no parcialmente.

3. Incrementar el conocimiento y la educación

Se ha dicho que vamos a la sociedad del conocimiento o que ya estamos en ella. La sociedad post capitalista está signada con el conocimiento². En realidad la sociedad del conocimiento se queda corta, vamos a la sociedad dialógica. Evidentemente, gracias a las nuevas tecnologías de la información y el conocimiento en general se han hecho más asequibles. Pero no se trata sólo de constatar la novedad, hay que ir a sus raíces más profundas (para seguir con el ejemplo de la planta). Si consideramos el desarrollo como algo vital –que nace de dentro, que se sostiene y que se incrementa– la promoción del conocimiento es imprescindible.

² Cfr. DRUCKER, Peter (1994).



Habíamos señalado que el nivel 1 estaba subordinado y se regía por el nivel 2. Ahora lo podemos ver un poco más. Lo que sucede es que la clave del nivel de los medios es que éstos se encuentran constituyendo un plexo. El plexo o tejido social es el ámbito conformado por todos los elementos mediales que exigen su comprensión, de lo contrario no se podrán descubrir oportunidades ni generar alternativas. Si la gente no está educada, no entiende el plexo social, no acertará a descubrir las relaciones que están formando ese tejido, ni sabrá ver sus remitencias, no verá para qué sirven, no sabrá ir subordinando medios a fines, no convertirá fines en medios a su vez para plantearse fines mayores; en una palabra no podrá usar los medios. El déficit educativo es una rémora para el desarrollo humano y social.

No se trata sólo de que un niño de ocho años sepa leer sesenta palabras por minuto, ni solo de que las entienda. Se trata de una educación básica integral y de calidad, pero además de una educación media, técnica y superior acorde con las exigencias mínimas para ponerse en condiciones de aportar, de acceder al mundo laboral. Como sostiene Leonardo Polo –a quien seguimos en esta exposición–³, en rigor, la sociedad es promovida por las energías humanas, y constituye, por tanto, un ámbito en que los frutos de esas energías se condensan, refluyen sobre los seres humanos y acogen a las nuevas generaciones.

Se trata de un dinamismo vital, de un flujo de doble dirección según el cual los hombres hacen la sociedad y la sociedad enmarca a sus miembros. Por consiguiente, el concepto de sociedad del conocimiento es polifacético y su significado ha de contestar a las siguientes preguntas: ¿en qué instituciones se socializa el conocimiento? ¿A qué instrumentos se incorpora con mayor nitidez? ¿De qué modo el conocimiento se integra en la acción humana? ¿Cómo determina las relaciones sociales?

³ Cfr. POLO, Leonardo, “Ricos y pobres” en www.leonardopolo.net

La primera pregunta evidentemente alude a la Universidad y a los centros de investigación. La segunda hace referencia a los instrumentos técnico artificiales y la tercera señala el engarce entre conocimiento y trabajo. La cuarta atiende a la organización, a la presencia configurante del conocimiento en las relaciones sociales. Brevemente haremos referencia a los beneficios que ha generado uno de los centros de investigación de la papa en esta región en relación con las prácticas agrícolas de un grupo significativo de campesinos y los frutos que está dando la capacitación de artesanos y técnicos impartida por una universidad cercana a una población cuya mano de obra ha ido adquiriendo progresiva cualificación. Se ha aprovechado la relación mano-cerebro que es una dotación peculiar de pobladores de algunas zonas de nuestra región, contribuyendo a que adquieran habilidades y destrezas que van en aumento.

4. Fortalecer la célula social básica: la familia

Durante mucho tiempo grandes grupos humanos en Latinoamérica han vivido bajo el régimen del machismo que es una mentalidad que “suele ir junto con la idea – inmoral y equivocada– de que un hombre es tanto más hombre cuanto más inmoral es en el aspecto sexual. Esta idea revela un profundo complejo de inferioridad; como dice la sabiduría popular «dime de qué presumes y te diré de lo que careces». El varón teme quedar en ridículo ante los demás, y se desquita de sus fracasos simulando una gran «virilidad». Es contrario a la moral, que obliga por igual al varón y a la mujer. Además, hay otra manera, más verdadera, de mostrar la virilidad, que es la capacidad de trabajo abnegado, eficaz y productivo, con el que alimentar y proteger a la propia familia⁴.

Esa mentalidad, si bien ha ido disminuyendo, todavía se puede constatar en la actualidad y es lo que ha llevado a la existencia de cerca de 50% de familias que no

⁴ ESTARTÚS, Rafael (1990), p. 16



están bien constituidas, ya que si un hombre tiene hijos con más de una mujer para demostrar su «virilidad», evidentemente esos hijos quedan desprotegidos y tienen grandes problemas para salir adelante. Muchos de los niños que piden en la calle o que se dedican al vandalismo y pandillaje se encuentran en esa situación.

La familia sólo se entiende por los estrechos vínculos que establece y sólo en la medida en que éstos se fortalezcan la sociedad se beneficia. Sin embargo, se siguen intentando aplicar políticas demográficas, aumentan las causales para el divorcio y el aborto, etc., con el resultado de la ruptura de los vínculos familiares. Actualmente tenemos grandes disfunciones en el plano familiar porque cada quien quiere ir por su lado con un afán independentista que bajo el pretexto de de autonomía rompe los vínculos más estrechos desintegrando el plexo familiar. Es en la familia donde se crean vínculos de colaboración o se aprende a vivir individualista y egoístamente, sin el aporte generoso que toda sociedad requiere. Si se destruyen las funciones de colaboración que implican dependencia y por lo tanto, desigualdad, se destruye la familia. La valoración de esas relaciones de dependencia y de colaboración como ofensivas o lesivas, deriva del prurito de autonomía del individualismo. Según este afán cada uno debe ser autosuficiente.

Sucedo que el mundo laboral no sólo ha dejado a los hogares sin padre, sino también ahora amenaza a dejarlos sin madre, empezando con empresas que no son familiarmente responsables, con lo cual se siegan la hierba bajo los pies porque si fomentan ese desarraigo, su contribuyen a que la voluntad de sus trabajadores se inclinan a romper los vínculos más rigurosos, que son los familiares, debilitan también la capacidad de vincularse con los objetivos de la misma empresa.

Por una parte, la familia es la primera institución social, donde los seres humanos aprenden –o desaprenden– una convivencia social que influye decisivamente en los futuros ciudadanos. El elevado porcentaje de familias no constituidas hace que muchas veces la mujer sea “padre y madre”. Pero el síndrome del padre ausente no se da sólo en esos casos, la ausencia física también se da en muchos de los otros, en

que “formalmente” no falta el padre, pero que en la práctica no atiende ni dedica tiempo a sus hijos; y el daño respecto de la educación de los hijos es semejante. No podemos detenernos, pero como muestra señalaremos que el padre es imprescindible para la educación del hijo porque la educación paterna contribuye a plantear retos al hijo, le estimula a responder con iniciativa.

Hablando del rol paterno, George Gilder, en su libro *Riqueza y pobreza*, llama la atención sobre la importancia de compartir los roles familiares en interdependencia mutua. Él sostiene que en las relaciones entre la familia y la pobreza/riqueza, no hay que desaprovechar la agresividad masculina: “Al hombre casado el acicate de las necesidades familiares le impulsa a canalizar su agresividad masculina, de otro modo perjudicial, hacia su función de mantener a una mujer y unos hijos. Bastarían estas diferencias por razón del sexo, manifiestas en todas las sociedades estudiadas por la antropología para dar prioridad a cualquier programa serio de erradicación de la pobreza, al fortalecimiento del papel del varón en las familias pobres”⁵.

En general, hay que tener en cuenta que la ruptura de los cónyuges influye en los hijos y la crisis de la función educadora de los padres da lugar a una juventud sin impulso, lo cual compromete el futuro. En el fortalecimiento de esta institución deben participar tanto el Estado como las Empresas e Instituciones educativas y no sólo con incentivos materiales, sino favoreciendo una auténtica cultura del respeto y lealtad con los compromisos familiares adquiridos.

5. Impulsar el trabajo a todos los niveles

En Latinoamérica los índices de pobreza están muy relacionados con el problema del trabajo. Normalmente para un hombre pobre el trabajo es un bien sumamente

⁵ GILDER, George (1984), p. 107



escaso y considera una fortuna tenerlo sea el que fuere y aún sin las condiciones que en justicia le corresponden.

Pero el problema del trabajo no se acaba ahí en los tipos de empleos, en las tasas de desempleo, en los salarios, la seguridad social y las condiciones de seguridad laboral. No sólo se necesita crear más puestos de trabajo o bajar los costos laborales para formalizar muchos puestos de trabajo (lo cual va muy unido a la tributación), etc.; sino que el gran reto es la organización del trabajo que va muy relacionado con la educación y la capacitación.

Se trata de enseñar –y de aprender– a trabajar bien, con profesionalidad y con espíritu de servicio. Cuando un grupo de personas se centra en un tipo de actividad y se especializa en ella se va adquiriendo progresivamente una alta cualificación, una capacidad de desarrollarla técnicamente bien. La capacitación, la educación, va muy relacionada con la división del trabajo. Sin el conocimiento, la misma actividad técnica sería imposible. El mundo práctico se organiza porque antes se conoce y a su vez el hombre construye un mundo para llevar mejor a cabo las operaciones cognitivas. El fin del hombre no es la producción y ésta vale en tanto en cuanto que es un medio para algo más alto. El hombre es *homo faber* porque es *homo sapiens*.

El trabajo humano debe ser articulado. Para realizarlo bien se ha de unir la especialización con la colaboración, que a veces se llama trabajo en equipo, pero que es mucho más porque arranca de dentro. Esa articulación requiere de varios factores, el primero es el que realizan primordialmente los directivos (hacen la labor de la inteligencia), son los visionarios, los que tienen las grandes ideas. En segundo lugar están quienes toman las decisiones (hacen la función de la voluntad), son los ejecutivos. Además, hace falta en el grupo de trabajo alguien que teniendo en cuenta los directivos y los ejecutivos, diseñe los planes de acción (lo cual se realiza gracias a la imaginación). Evidentemente, a este grupo hay que acompañarle de los ejecutores, la mano de obra.

En realidad lo que sucede es que cada persona tenemos un poco de cada una de esas áreas, pero no en el mismo grado, algunos somos preponderantemente asesores, directivos, otros son más ejecutivos, saben lo que hay que hacer, saben pasar a la acción, saben mandar, etc., también hay quienes tienen una gran imaginación para planificar la(s) acción(es) a realizar y además existen personas muy hábiles con las manos. La organización del trabajo encuentra dificultades cuando falta gente preparada en esas áreas, cuando hay directivos pero no hay mano de obra cualificada, cuando hay ejecutores pero no hay directivos, etc.

Por eso, la organización del trabajo requiere de una gran inversión educativa. Nuestros países necesitan técnicos, mano de obra especializada; sí, pero no sólo eso. El conocimiento, la contemplación es más importante que la producción, es lo que la rige. En este sentido seguimos teniendo en cuenta los niveles del tener que vimos al inicio. El conocer es superior al producir, pero por encima del conocer están otras virtudes como son las de servir, aportar, etc., todo lo cual, en definitiva lleva a saber amar que es la más alta actividad humana y que mueve todas las energías humanas, las echa fuera, incidiendo en la vida social.

Todo lo que hacemos en este mundo tiene que tener como fin entender y servir generosamente, es decir amar. Esto último es un descubrimiento de la antropología cristiana y, como señalamos, conlleva todo un conjunto de virtudes. Por ejemplo en el trabajo humano, que es de índole aportativa, se requiere de laboriosidad, sinceridad, fortaleza, justicia, respeto por los destinatarios de ese trabajo. Para servir, servir. En algunas ocasiones se ha escuchado decir en ciertos países de Latinoamérica que el producto nacional era producto nacional, porque estaba mal hecho. Pero un trabajo mal hecho, una chapuza, es una mentira práctica, porque conlleva “hacer como si” se hubiera trabajado cuando realmente se ha abandonado el trabajo, haciéndolo de cualquier manera, con dejadez. La laboriosidad requiere diligencia y es una manifestación del amor (la palabra *diligere*, hace referencia a una elección amorosa).



La gran dignificación que el trabajo tiene es porque conlleva toda esa serie –y más– de hiperformalizaciones perfectivas, de hábitos perfectivos o virtudes, haciendo posible un aporte esforzado, generoso, hacia los demás. El hombre solamente es libre cuando establece esa relación de medio a fin. El saber puede ser aplicado; la ciencia tiene un aprovechamiento técnico; pero ese aprovechamiento, a su vez, reclama como rendimiento una nueva aptitud intelectual y un mejor amar. Sin ello, ese mundo técnico, que ya es humano porque está hecho por el hombre, se vuelve inhumano.

6. Promover la cooperación entre todos los agentes

La división del trabajo –aún en sus niveles incipientes– da lugar a asociaciones que agrupan a los especializados en tareas semejantes. Pero estas asociaciones –gremios, sindicatos, etc. – no aseguran la colaboración, ya que se pueden dedicar a la protección de intereses o de privilegios adquiridos. Las relaciones de colaboración, cuyo prototipo es la familia, han de buscarse estudiando el carácter central que tiene la comunicación en la sociedad humana. El lenguaje, no el dinero, es el conectivo social que asegura que la división del trabajo no derive hacia la división entre los seres humanos.

Es de ley natural que el hombre desarrolle diversas actividades en colaboración. El hombre es naturalmente social y en la sociedad se da originariamente la división del trabajo. La palabra división, al igual que el término desigualdad, expresa la distribución del trabajo como una asunción no exclusiva, pero sí predominante, de funciones distintas por agentes distintos. Así, la sociedad actual es el escenario de una sectorialización cada vez mayor, en la que los intentos de organización según clases fracasan; la crisis sindical, por ejemplo, surge porque cada vez es más difícil coordinar los intereses de las partes en conflicto.

Según Leonardo Polo –a quien hemos citado– tanto el liberalismo como el marxismo –el atomismo individualista y el colectivismo–, no son antitéticos, sino que parten de supuestos comunes. Tales supuestos significan una errónea

interpretación de la naturaleza social del hombre, al cual lo consideran materialistamente. El error es un recorte, una limitación que consiste en ver en la dinámica de las relaciones humanas un objetivo único que es el trueque al servicio de las necesidades materiales o el egoísmo del individuo. Es cierto que sin intercambios los excedentes a que da lugar la división del trabajo social no tendrían sentido. Si lo que a uno le sobra, justamente porque se ha especializado en hacer eso, no lo puede cambiar por lo que le sobra al otro, que también se ha especializado, la división del trabajo sería inútil.

Pero la cooperación de los agentes sociales especializados no se agota en el intercambio, y es un error de Smith el no haberlo señalado. Sin cooperación reina el egoísmo y las relaciones sociales tienden a ser un juego de suma cero (para que unos ganen otros tienen que perder). Es patente que las relaciones familiares no son un juego de suma cero. Así, aunque el hombre entregara su ganancia a la mujer para el sustento de la familia, ello no significa una pérdida para él, porque de esta manera también gana: gana humanidad, destina su esfuerzo a su fin más propio, a lo que justifica su hacer. Y esto es la justicia más profunda: no la justicia conmutativa (de los intercambios), sino la justicia distributiva.

Cumplir la propia tarea como un deber es la forma básica de justicia. Hacer lo que se hace como y porque se debe invierte al hacer de su justificación primordial: la tarea realizada es un *encargo*, cuya encomienda se identifica con la propia capacidad. Hacerse cargo de un encargo señala la dignidad, el mérito en virtud del cual el ejercicio de la actividad no es caprichoso y contingente, sino oportuno, beneficioso e insoslayable, es algo debido. El hombre no puede renunciar a esta calificación de su actuar.

En este sentido es importante el deber de las *elites*, grupos sociales que se encuentran en situación de ayudar a que la sociedad mejore. ¿Qué hace la *elite* empresarial en nuestros países? ¿Cuál es la oferta que proponen? ¿Promueven la ayuda o desmoralización de los ciudadanos? ¿Hacen de la economía una actividad



trivial, promoviendo la exageración de lo necesario? ¿Nos imponen un modelo de desarrollo basado en el consumismo?

Es iluso tratar de establecer la paz social sobre la base de la desmoralización del hombre, de la transformación del hombre en un simple consumidor; cuando precisamente lo que se necesita es no debilitarlo moralmente, sino levantar la mira, tensar sus energías en torno a niveles humanos más altos (la disciplina y la sobriedad por sí mismas no son suficientes sino atienden a fines superiores).

Pero no se trata sólo de la responsabilidad de los empresarios, de las *elites* económicas, ¿Qué hacen las *elites* intelectuales? ¿Encerrar el conocimiento en unos cenáculos? ¿Vivir de privilegios? La responsabilidad social de los grupos favorecidos económica, social, culturalmente, es muy grande, y en nuestros países se hace más evidente cuando dejan de cumplir su misión, se nota frente a la crisis social.

La cooperación sólo se da realmente si se parte de la consideración de que somos interdependientes unos de otros. Si vivimos de espaldas a los demás, si no tratamos de abrirnos a ellos, el individualismo seguirá siendo el gran disgregador de la vida social. A veces se dice que lo importante es que se incremente la inversión en nuestros países, pero el capital financiero no es la panacea del desarrollo y no sólo porque sea capital muy fugaz –“golondrino”–, es sólo porque se articulará inadecuadamente con el trabajo humano, en definitiva no será realmente empresarial, no se involucrará, será ficticio. Igualmente sucede con la apertura a nuevos mercados, que de por sí es algo bueno, pero que tiene que atender a las circunstancias reales de la sociedad, para no crear disfunciones.

7. Fomentar la cultura de la responsabilidad social

Para insistir un poco más en el punto anterior nos detendremos más en la responsabilidad social. La consistencia de la vida social empieza con la conciencia de que estamos dentro de un plexo social. Éste está formado por medios, pero

depende grandemente de su articulación con fines de muy alto nivel para promover un desarrollo real. El orden de los medios, o pragmático, tiene su importancia y además es muy humano, es propio del hombre. Fuera del hombre, este orden no se da. Pero la conexión entre los medios permite advertir consecuencias condicionales: *Si se actúa, algo resulta de ello.* Aquí se emplaza la idea de responsabilidad. No darnos cuenta de esta correlación es no querer ver la realidad.

Un plexo de acciones posibles de ser realizadas implica la libertad de opción: puedo golpear con el martillo, o no; puedo beber el agua, o no beberla; puedo usar o no usar. El plexo ofrece más posibilidades de las que están actualizadas en cualquier momento. Las conexiones mediales son como hilos por los cuales las consecuencias se transmiten. Lo que se hace en un lugar del plexo, se refleja en otros lugares.

Todo esto conlleva responsabilidad. El irresponsable tira la piedra y esconde la mano, pretende desentenderse de las consecuencias; pero se engaña. Las consecuencias siempre las sufre alguien y en definitiva él mismo porque todo está entramado, en relación. Precisamente porque la convivencia se basa en una estructura relacional, existe una influencia recíproca entre los agentes. Uno no puede irresponsablemente sacar del plexo social algunos bienes (su dinero, su conocimiento, etc.) en detrimento de otros, y todavía pensar que no pasa nada. Sí pasa y mucho. La gran masa de excluidos, son para bien o para mal, conciudadanos, y tienen influencia en los destinos de la sociedad en la que nos ha tocado vivir.

Marginalizar es sacar del plexo, no invertir oportuna y adecuadamente, no arriesgar a favor de otros, es atentar contra el plexo social. No contribuir a la educación, a la capacitación de las personas es sacarlas del plexo, originando en consecuencia las quiebras o rupturas que saltan a la vista. Pero esto no se hace impunemente, tiene un precio a menudo bastante elevado, no sólo para la sociedad en su conjunto, sino para cada uno de sus integrantes.



Con frecuencia podemos ver que muchas acciones se emprenden con vistas a objetos particulares: se intenta conseguir objetivos particulares y egoístas, pero eso no es más que una parte de lo que resulta. Este peculiar recorte no deja de ser una forma de irresponsabilidad. Cuando se hace algo hay que tener en cuenta no sólo lo que los agentes consideran útil para ellos, sino todo lo que sus actos han puesto en marcha. Por ejemplo, si se instala una fábrica junto a un río y con los desechos se contamina la corriente, atender únicamente al producto de la fábrica es cerrar demasiado pronto el ámbito de las consecuencias, ya que ese río forma parte del plexo, y la fábrica instalada afecta a otros.

En algunos de nuestros países se ha acentuado la importancia de hacer un pacto cívico entre los grandes agentes sociales, especialmente entre la empresa y las instituciones educativas y políticas. Sin embargo, para que ese compromiso cívico de cooperación no sea precario sino sostenible en el tiempo, es preciso que el nivel de las convicciones, es decir los valores, sean profundizados cada vez más, de manera que sea algo no coyuntural, ni sólo con vistas al crecimiento económico, sino que basándose en el respeto de la dignidad de las personas se las promueva en todas sus dimensiones y niveles, como en la reflexión que acabamos de hacer se ha puesto de manifiesto.

Tendríamos que descubrir una antropología de la dependencia. En cierta medida todos somos responsables de los demás. Para ello hace falta un nuevo humanismo, vernos a nosotros mismos y a los demás integralmente. Se trata de ver armónicamente a la persona tanto en el primer nivel, el de los bienes materiales, como en los superiores, el de la educación y los valores éticos. En la medida en que todos los agentes sociales, no sólo el Estado sino especialmente el sector empresarial, las instituciones intermedias, las instituciones educativas y culturales se aúnen en torno a esa finalidad, el desarrollo y los planes de acción serán fecundos y se irán perfilando los cambios que cada uno de los países de América Latina necesita.

BIBLIOGRAFÍA

1. AGENDA PERÚ (2000): *Agenda y estrategias para el siglo XVI*, Lima
2. CHAUFEN (1991): *Economía y ética*, Rialp, Madrid.
3. CRAIG, Paul (1997) *La revolución capitalista en Latinoamérica*, Oxford
4. DRUCKER, Peter (1994): *La sociedad post capitalista*, Editorial Norma, Bogotá.
5. ESTARTÚS, Rafael (1990): *Año 2010: Un Proyecto Nacional de desarrollo...* Universidad de Piura, Piura.
6. GILDER, George (1984): *Riqueza y pobreza*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid.
7. HARRISON, I. (1993): *Quiénes prosperan?...* Buenos Aires, R. E. I.
8. LLANO, Alejandro (1996): *El diablo es conservador*. EUNSA, Pamplona.
9. POLO, Leonardo (1996): *La persona humana y su crecimiento*, EUNSA, Pamplona.
10. POLO, Leonardo (1996): *Sobre la existencia cristiana*, EUNSA, Pamplona.
11. SEN, Amartya (1999): *Sobre ética y economía*, Alianza Editorial, Madrid
12. URETA, Iván (2006): *Crecimiento económico y desarrollo sostenible...* Fondo de Cultura Económica.

Genara Castillo
Universidad de Piura
genara.castillo@udep.pe

